



Finalista del I Certamen
de literatura “Miguel Artigas”

Ruth Morón Garzarán

Nací hace veinte mayos en Teruel (1981), pero desde mi segundo día de existencia he vivido en Monreal del Campo. Estudié hasta los 16 años en mi pueblo y luego me fui a Teruel a hacer el bachillerato. Actualmente estudio Filología Alemana en la Universidad de Salamanca. He escrito muy poco, prefiero leer. La mayoría de las veces que me he puesto delante del papel ha sido porque me han animado a hacerlo. Aún así, he ganado algún concurso de cuentos en la escuela o el instituto. En este cuento narro la vida de Esteban, un viudo que vive en Monreal del Campo y que puede ver y conoce a las damas de la leyenda del Ojo. La leyenda conocida como “del Ojo de las Damas” forma parte de la tradición oral de Monreal y por tanto es una historia que todo el mundo sabe porque ha sido, y sigue siendo, transmitida de generación en generación. Partiendo de esta base me he inventado a Esteban, que aunque es un personaje ficticio, es una mezcla de otros reales, a los que he conocido y quiero. El protagonista perfectamente podría ser un vecino del pueblo (bueno, lo único que lo hace un poco peculiar es su gran afición a la lectura).

Noches de luna llena

Ruth Morón Garzarán

— ¡Vamos, vamos Esteban, despierte! ¡ya es hora de levantarse y de ir a desayunar! ¡además hace un día precioso! ¡venga, no sea perezoso!

Esteban no quería salir de la cama, estaba mejor dentro. Pero no le dejaban. Cada mañana venía una monja y le obligaba a levantarse. Le decía que si se portaba bien, hablaba con los demás, participaba y, sobre todo, dejaba de decir que las damas eran reales, era seguro que sus hijos lo sacarían de la residencia y le dejarían volver a su casa. Pero Esteban sabía que eso no iba a pasar: sus hijos pensaban que estaba loco y nadie iba a poder convencerlos de lo contrario. Además, ¡si las damas sí existían, porqué iba a decir él que eran mentira!

Al final siempre terminaba levantándose. Pasaba el día aguantando como podía a sus compañeros de la residencia de ancianos (¡esos sí que estaban locos!) y esperando a que llegase la noche. Entonces se iba a su habitación y allí aguardaba ansioso la visita de las damas.

Esteban era de un pueblo de la ribera del Jiloca. Se había quedado viudo hacía cinco años. Cuando Ángeles murió creyó que iba a morirse él también porque se había quedado completamente solo. Sus hijos Alfredo y Carmen vivían en Cartagena y Salamanca y como siempre estaban tan ocupados y vivían tan lejos, nunca tenían tiempo de ir a verle. Sólo iban en agosto, la semana de las fiestas. Entonces Esteban era realmente feliz: ¡la casa se llenaba de vida! Pero eso sólo pasaba una semana al año. En navidad era él quien viajaba, y el viaje era tan largo que cuando llegaba tenía que estarse casi una semana en la cama, por lo mucho que le dolían los huesos.

La vida en el pueblo pasaba despacio, sobre todo cuando llegaba el frío. Con el buen tiempo Esteban se pasaba el día en el huerto, pero en invierno, con lo pronto que se hacía de noche y las temperaturas que había, casi no salía a la calle. Sólo lo justo: para comprar, echar la partida e ir a la biblioteca a por algún libro. Él antes nunca leía, creía que no le gustaba; pero desde que Ángeles se había ido, había descubierto que los libros eran una muy buena compañía. Desde entonces cada tarde iba a la biblioteca, charraba un rato con la bibliotecaria y se llevaba algo para pasar la

tarde y la noche. Como casi no dormía ya se había leído la mayoría de las novelas, que era lo que más le gustaba.

Lo único que hacía, tanto en los días más fríos de enero como en los más asfixiantes de julio, era ir a visitar a su mujer. Todos los días, puntualmente a las cuatro y media de la tarde, Esteban llegaba al cementerio y allí, durante por lo menos media hora, le contaba a Ángeles lo que había hecho desde la tarde anterior, lo que había comido, los últimos cotilleos del pueblo, el argumento del libro que había leído aquella noche... o simplemente le decía lo mucho que la echaba de menos, o le recriminaba el haberse marchado y haberlo dejado tan solo.

Cuando las heladas acababan y empezaba el buen tiempo Esteban aumentaba su actividad. Por las mañanas iba a la huerta de los frailes donde plantaba lechugas, tomates, pepinos, fresas... Por las tardes iba a ver a Ángeles y luego se pasaba por la biblioteca a por algo para la noche. Cuando empezaba a atardecer se daba un paseo hasta un huerto de frutales que tenía al lado de los Ojos. Allí estaba hasta que se hacía de noche.

Le encantaba ese huerto. Lo habían plantado hacía muchos años entre toda la familia y le traía muy buenos recuerdos. Le gustaba pasar ahí las últimas horas de la tarde, porque era cuando más se notaba el olor de las manzanas. Además, por el camino de los Ojos, iba mucha gente de paseo que siempre tenía ganas y tiempo de hablar. Durante el día nadie podía pararse un rato con Esteban: había que ir al banco, a la escuela a por los críos o a comprar antes de que cerrasen. Pero por la tarde era diferente. Los que salían de paseo lo hacían para relajarse o para hacer algo de ejercicio, pero sobre todo para ver gente y hablar un rato.

En el pueblo ya le quedaban pocos amigos, (la mayoría se habían ido a vivir a casa de los hijos, o algún asilo), pero cuando se juntaba con ellos siempre solían comentar lo mucho que había cambiado todo en los últimos años. Se había pasado de trabajar y vivir de las tierras y los animales a trabajar en la fábrica o en las empresas del pueblo. Aunque reconocían que la gente ahora vivía mejor que cuando ellos eran jóvenes, no podían dejar de echar de menos aquel tiempo en que las estaciones y los meses venían marcados por las cosechas y las recolecciones. Sobre todo se acordaban del azafrán. Y es que éste había pasado de ser el cultivo más importante del pueblo a casi desaparecer.

Esteban estaba harto de la residencia, no le dejaban en paz. Siempre cuando más tranquilo estaba y mejor hablaba con Ángeles solía venir alguien a molestarle, o Sor Julia, o la María o cualquier

otro, el caso era no dejarle. Pero él no hablaba con nadie. Desde que sus hijos lo habían ingresado en esa residencia de ancianos, en Teruel, no había vuelto a tener una conversación. Hablaba lo justo: por favor, gracias, buenos días, sí y no. Estaba enfadado porque lo habían encerrado y ya no podía ir a ver a Ángeles, ni a llevarle flores o manzanas. Por eso había dejado de relacionarse. En la residencia no hablaba con nadie y, si lo llamaban sus hijos, Esteban se limitaba a contestar con monosílabos.

Cuando lo ingresaron, hacía ya tres meses, le dijeron que lo hacían para que no estuviese solo y para que no tuviese que hacerse él todo. Pusieron la excusa de que allí iba a estar mejor: ya era mayor y claro, empezaba a tener problemas de salud y en casa, si le pasaba algo, no tenía quién le ayudase; en cambio en la residencia siempre había alguien para atenderle, y bla, bla, bla. Pero Esteban sabía que en realidad si estaba allí era porque Alfredo y Carmen creían que estaba loco. Bueno, no lo pensaban sólo ellos, sino todo el pueblo. Había tratado de convencer a todos de que estaba bien, de que las damas existían, incluso había intentado que otros las vieses también, mas nadie le había querido creer. Así, finalmente, se había resignado a aceptar que, como nadie le creía, no lo iban a sacar de allí y se dio cuenta de que lo único que podía hacer era aguantar como pudiese.

Hacía dos años que había conocido a las damas. Como Esteban apenas dormía había empezado a pasar las noches de verano en su huerto de manzanos de los Ojos. El sitio le atraía y le gustaba quedarse allí hasta que amanecía. Por la noche mientras todos en el pueblo dormían, él escuchaba el canto de los grillos, el rumor del agua o el ulular de los búhos. De joven nunca había tenido tiempo de pararse a escuchar todas las canciones de la naturaleza. Trabajaba durante todo el día, se iba a la cama pronto y cuando amanecía se levantaba. Pero ahora, con setenta y cuatro años y sin nada especial que hacer, había descubierto todas esas melodías y había aprendido a escucharlas y entenderlas. Una noche de primeros de agosto, mientras veía las lágrimas de San Lorenzo, le pareció escuchar voces. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie y aguzó el oído, pero ya no escuchó nada. Le pareció extraño y pensó que habrían sido imaginaciones suyas, ¿quién iba a andar por ahí a esas horas? Siguió mirando al cielo. Las estrellas le fascinaban, y más aquella noche que se movían tanto y había luna creciente. Luna creciente, ¡y en dos días luna llena! ¡eso sí que le gustaba a él! Desde que era un crío la luna siempre le había llamado la atención, tanto que le había caído más de una torta de su padre

cuando lo mandaba a la cama y él se quedaba mirando por la ventana. A Esteban siempre le había gustado imaginar que su atracción por la luna era porque tenía algo de hombre lobo, como los de los libros y las películas; pero nunca le había pasado nada, ni le había salido más pelo, ni le habían crecido los dientes. Así que ahora, después de haber leído en tantos sitios que la luna le gustaba a los poetas y a los enamorados, había decidido que, si a él le fascinaba de tal forma, era por eso, porque él siempre había estado enamorado y porque seguro que también era un poco poeta.

Pasaron los días y por fin hubo luna llena otra vez. Entre los manzanos se veía especialmente bonita, y también el huerto se veía diferente. La luz hacía brillar las manzanas y parecía que los árboles, en lugar de fruta, tenían pendientes. De pronto Esteban escuchó voces que le parecieron de mujer. Buscó a su alrededor intentando encontrar el sitio del que provenían, pero no vio a nadie. Pensó que de nuevo serían imaginaciones suyas como hacía dos días y que era seguro que enseguida dejaría de escucharlas; pero eso no sucedió. Las voces se seguían oyendo y aunque no podía distinguir lo que decían sí se daba cuenta que estaban cantando. Empezó a andar dejándose guiar por el sonido y llegó hasta los Ojos. Allí se oían las canciones perfectamente, así que supuso que no debían venir de muy lejos. Pensó que tal vez había algún grupo de chicos del pueblo jugando y cantando, pero descartó la idea porque era muy tarde y además las canciones que cantaban no eran de esas que oyen ahora los muchachos, sino más bien de las que cantaba él de mozo. No sabía quién cantaba, pero lo hacía muy bien, así que Esteban se quedó escuchando un buen rato antes de seguir buscando (no fuese que cuando encontrase a las cantantes éstas por vergüenza no quisiesen seguir). Había una coplilla que parece que les gustaba especialmente porque la repetían constantemente. Ésta decía:

*Qué es lo que tienen tus ojos;
qué tienen tus ojos negros
que el sol, si sales de noche
parece que no se ha puesto.*

Finalmente decidió adentrarse en los Ojos, que es de donde parecían venir las voces, y allí, escondido detrás de unos juncos, las vio.

Conocía la leyenda del Ojo de las Damas desde pequeño, pero nunca la había creído. La leyenda contaba que hacía muchos años un carruaje cargado de jóvenes damas, muy ricas, que viajaba a Valencia, había caído en el Ojo más grande. Éstas se habían ahogado, pero desde entonces cada noche de luna llena cantaban e intentaban atraer con su canto a los que por allí anduviesen. Los hechizaban con su música hasta hacerles meterse en el Ojo donde morían ahogados.

Esteban no podía creerlo, ¡era imposible! ¡cómo iban a ser las damas ahogadas! ¡si todo el mundo sabía que esa historia era falsa!, ¡que era sólo un cuento que contaban los abuelos a los nietos para que estos no fuesen por las noches a jugar a los Ojos porque era peligroso! Pero, si esas no eran las damas de la leyenda, ¿quiénes eran entonces? Tenían que ser ellas porque ¿quién si no iba a poder bailar y cantar sobre el agua? Además, esas jóvenes no eran del pueblo, no le sonaban para nada las caras. De todas formas, fuesen quién fuesen, eran muy guapas. Tenían la piel blanquísima y el pelo largo, recogido en hermosos peinados. Vestían estupendos trajes y llevaban ricas joyas que brillaban con la luz de la luna. Realmente eran una visión impactante, sobre todo por su belleza.

Entonces Esteban pensó que si las damas existían, (y existían, porque él las estaba viendo con sus propios ojos) la leyenda era cierta, así que tenía que tener mucho cuidado no fuese que lo hechizasen con sus canciones y terminase muriendo ahogado. Intentó marcharse, pero no pudo. Las damas cantaban tan bien que Esteban no podía irse y dejar de escucharlas, por lo que finalmente optó por esconderse para no ser visto y esperar a que dejaran de cantar.

El sol le daba de frente en la cara. Hacía mucho calor. Miró el reloj, ¡eran las 12:30! ¡se había quedado dormido! ¡Qué raro! ¡con lo mal que dormía él! No recordaba cuándo se habían ido las damas, bueno en realidad ni siquiera tenía muy claro que las hubiese visto. Se había despertado en su huerto de manzanos, así que lo más posible es que se hubiese quedado dormido y lo hubiese soñado. Durante todo el día se estuvo intentando convencer de que todo había sido un sueño, pero al mismo tiempo recordaba continuamente una coplilla que él juraría que no conocía antes. La letra decía:

*Qué es lo que tienen tus ojos;
qué tienen tus ojos negros
que el sol, si sales de noche
parece que no se ha puesto.*

Aquella tarde, después de ir a ver a Ángeles y de pasarse por la biblioteca, decidió no ir a los manzanos. Se fue a la huerta de los frailes, y tras regar los tomates se fue a casa. Cenó un par de melocotones y se puso a leer. Pero a medianoche de nuevo escuchó las mismas canciones del día anterior. Se levantó de la butaca en la que estaba sentado leyendo, se pellizcó, se lavó la cara, anduvo por la casa... pero las voces no se iban, podía escuchar las canciones perfectamente:

*Las mocicas de mi pueblo
siempre se hallan de festejo
con el novio las más guapas
y las feas... con su abuelo.*

Esteban no estaba soñando, pero aún así escuchaba a las damas, ¡y las escuchaba en su casa! Salió y paseó por las calles. Las seguía escuchando, ¡se oían por todo el pueblo! Había gente todavía, pero nadie parecía escuchar las canciones. Hablaban en grupos, sentados en las puertas de sus casas y lo saludaban al pasar:

— Buenas noches tío Esteban.

— ¿Dónde va a estas horas?

— ¡Siéntese aquí a charrar un rato con nosotros!

Pero Esteban tenía prisa, —no, no, gracias, otro rato será— les contestaba a todos. Andaba lo más deprisa que podía. Quería llegar a los Ojos y pedirle a las damas que lo dejaran, pero a la vez tenía miedo, ¿y si le hechizaban y terminaba metiéndose al Ojo y muriendo ahogado?

Cuando por fin llegó, ellas estaban en el Ojo cantando y bailando, tan guapas como las había visto la noche anterior. Volvió a esconderse en el mismo sitio. Ya no pensaba en pedirles que lo dejaran, sólo quería escucharlas cantar. De pronto, las damas interrumpieron sus canciones y sus bailes, se acercaron mucho las unas a las otras y se pusieron a hablar. Esteban estaba nervioso, ¿lo habrían descubierto? Entonces una de ellas, la que vestía el traje más bonito y llevaba mejores joyas, se dio la vuelta en dirección al lugar donde se escondía Esteban y le dijo:

— Buenas noches Esteban, ¿por qué estás ahí escondido y no vienes a bailar y cantar con nosotras? Esteban se quedó petrificado. No sólo lo habían descubierto sino que incluso sabían cómo se llama-

ba. ¿Qué podía hacer? ¡ahora era seguro que lo hechizaban y terminaba ahogándose!

— Tranquilo, nosotras nunca hemos hechizado a nadie. Eso es lo que se cuenta en el pueblo, pero es mentira. Sólo queremos que bailes con nosotras y nos hagas un poco de compañía ¡llevamos tantos años cantando y bailando solas!

— Pe, pero... ¿por qué yo?

— Porque tú estás tan solo como nosotras.

— Sí, es cierto que estoy solo, pero en el pueblo hay muchas más personas tan solas como yo; ¿por qué no los invitáis a ellos también?

— Porque no saben que somos reales, no pueden vernos.

— ¿Cómo no van a poder? ¡Si yo puedo los demás también! ¡yo no soy especial!

— Sí lo eres. Tú puedes vernos porque crees en nosotras, porque quieres creer en nosotras. Además eres honrado y de buen corazón. Si fueses un mentiroso, un ladrón o cualquier otra cosa, aunque creyeses en nosotras no podrías vernos.

Esteban no terminaba de entenderlo del todo bien. No comprendía eso de que las veía porque creía en ellas, ¡si él siempre había pensado que las damas eran una leyenda como cualquier otra! ¡Pura fantasía! De todas formas prefirió no pensarlo más y les pidió que siguiesen cantando. Y ellas así lo hicieron. De pronto sintió unas ganas increíbles de bailar y cantar junto a ellas. Se puso en pie y empezó a bailar: primero desde su sitio y al final con las damas encima del agua. Ahora sí que ya no entendía nada. No sólo existían las damas, ¡sino que además bailaba con ellas sobre el Ojo! Bailaron y cantaron durante toda la noche y un poco antes del amanecer se despidieron hasta la noche siguiente. A partir de aquel día Esteban no faltó ninguna noche de luna llena a su cita con las damas. Daba igual que fuese mayo o enero, él siempre estaba allí. Cuando bailaba con ellas se le pasaban todos los dolores y se le olvidaban las penas. Se sentía joven y feliz.

Una noche de luna llena de junio, cuando ya faltaba poco para que amaneciese, mientras Esteban bailaba y cantaba con las damas, pasó por allí Arturo, un vecino del pueblo. Había salido a correr un rato antes de irse a trabajar y cuando ya estaba cerca de los Ojos escuchó a un hombre cantando. Se acercó con cuidado para no asustar a quien fuese. Lo que vio le sorprendió enormemente: allí, al lado del Ojo que en el pueblo llaman “de las Damas”, estaba el tío Esteban solo, cantando y bailando. De vez en cuando paraba de bailar y hacía como que hablaba con alguien, aunque no

había nadie con él. Además no paraba de reírse. Arturo no sabía cómo reaccionar pero al final le dijo:

— ¡Tío Esteban! ¡tío Esteban! ¿qué hace usted aquí solo a estas horas?

— ¡Hombre Arturo! ¿qué tal maño? ¡ya ves! ¡aquí estoy bailando con las damas! ¿Y tú? ¿ande vas?

— ¿Con quién dice que está bailando?

— ¡Chico! ¿con quién va a ser? ¡Con las damas!

— ¿Con las de la leyenda?

— ¡Pues claro! ¿Qué pasa? ¿no las ves o qué?

— Pues no se lo tome a mal pero la verdad es que no.

— ¡Pero si están aquí! Mira, ésta es Luisa, ésta Rosa, ésta otra es Pili, ésta de aquí es Paca y la que está allí un poco más lejos es Maribel.

Arturo seguía sin verlas, lo único que podía ver era que parecía que el tío Esteban se había vuelto loco. ¡Pobre hombre! ¡toda la vida tan trabajador y tan serio y ahora tan mal de la cabeza! La culpa era toda de sus hijos porque cuando la tía Ángeles murió, en vez de ingresarlo o llevárselo a vivir con ellos, lo habían dejado solo en el pueblo ¡y claro! ¡de tanto estar solo se había vuelto loco!

Cuando volvió a casa a Arturo le faltó tiempo para contarle a todos lo que había visto. La historia fue de boca en boca y a las ocho de la tarde no quedaba nadie que no supiese que el tío Esteban decía que bailaba con las damas. También sus hijos se enteraron de lo sucedido y al día siguiente ya estaban en casa de su padre. Ambos hablaron con él para que les explicase lo que se contaba por el pueblo y a ambos les contestó lo mismo: la historia era cierta. Él bailaba y cantaba con las damas en las noches de luna llena. Y si nadie más podía verlas era porque no querían creer en ellas o porque no eran de buen corazón. Esteban intentó explicarles cómo eran, cómo las había conocido, lo feliz que se sentía junto a ellas... pero no podían creerlo.

Viendo como estaba su padre, Carmen y Alfredo decidieron ir a hablar con el médico para que les dijese qué podían hacer. Éste les recomendó ingresar a Esteban en una residencia para ancianos e incluso se ofreció para hacer todas las gestiones. En una semana Esteban ya tenía plaza en una residencia de Teruel. Sus hijos le dijeron que era lo mejor para él, que allí no iba a estar tan solo... Pero él sabía que en realidad era porque todos pensaban que estaba mal de la cabeza. Ya se lo habían advertido las damas, le habían dicho:

— No hables sobre nosotras con nadie. Sólo tú nos conoces y si se lo dices a alguien lo más seguro es que tendrás problemas.

Pero él no les había hecho caso. Había guardado el secreto durante dos años pero la noche que lo vio Arturo en vez de inventar algo había contado todo ¡y claro! ¡como él no podía verlas no le había creído!

Ahora ya no había nada que hacer. Sólo podía resignarse. Estaba en una residencia rodeado de personas con las que no se podía hablar (aunque tampoco quería). Se sentía más solo que en el pueblo porque allí ni podía ir a ver a Ángeles cada tarde, ni a hablar con la bibliotecaria y además ya no veía a las damas. No había podido despedirse de ellas ni tampoco decirles que ya no volvería a bailar con ellas. No pudo decirles que lo llevaban a Teruel y no pudo darles su nueva dirección para que fuesen allí a verle.

La noche anterior había conseguido dormir un rato y había soñado con las damas y con Ángeles. Éstas le decían que no estuviese triste, que pronto habría plenilunio y ellas iban a ir a cantarle canciones. Eso era lo que él llevaba esperando desde que había llegado, que fuesen a verlo, pero hasta aquella noche no había sabido nada de ellas.

Pasó todo el día nervioso ¿y si el sueño era cierto? ¿y si Ángeles y las damas aparecían esa noche para bailar con él? En cuanto cenó se fue a la habitación, se puso su mejor traje y se sentó a la cama a esperar. ¡Y por fin, a medianoche, llegaron! ¡y con ellas venía también Ángeles! Se pasaron toda la noche cantando y bailando como si estuviesen en los Ojos.

— ¡Vamos, vamos Esteban, despierte! ¡ya es hora de levantarse y de ir a desayunar! ¡además hace un día precioso! ¡venga no sea perezoso! ¡deje ya de remolonear! ¡no sea crío! ¿Esteban? ¿Esteban me oye? ¿está bien? ¡Ay Dios mío! ¡sí no respira! ¡Sor Josefa! ¡Ay Dios mío, ay Dios mío! ¡está muerto!

Aquella noche, cuando llegó el amanecer y las damas y Ángeles tenían que marcharse, Esteban les pidió que se lo llevasen a él también, que no lo dejasen en la residencia. Y ellas le hicieron caso.